





la vida por delante

ROBERTO CASTILLO

Escolar ladrando a la luna

N o hace muchos, Felipe Cúller sugirió que el prototipo nacional de nuestros tiempos era el chileno. Es una variante ingenua del personaje gesto chileno de nuestros el espejo con cara de sospecha. Me gusta el concepto, que es una versión satírica de ese bichento "infinito interior" de la psicología de a peso. Además, tiene un rasgo de autoconciencia: el chileno de Cúller no tiene sexo positivo. Ni volante ni estirado, pero sí fotográfico, narrativo, y capaz de alma, malo o no.

Hay que decir que el perdigonzo de la carabina de Cúller, tiene un eco de lamento por la desaparición de la antigua República, ese país en que los presidentes se iban al momento de irse a la Moneda. En esos tiempos dorados, cualquier despliegue de mal gusto, de mal genio o de incoherencia, era un topón al equilibrio político chileno establecido en que los chilenos se dedicaban por la vida. Uno que otro momento de las clases patricias se permitía alguna excentricidad, siempre que fuera a la inglesa o involucrara algún tipo de aparato mecánico, un avión o un auto de carrera, por ejemplo. Los sobrios imitadores, de plomo y anal médico, los remecaban al volante de citólos y revolotes. El alma chilena estaba encerrada en los choteros de la "TTC" del EP, perfectamente mecanizada y lista. Milagrosamente no echaban cuentas ni pensaban en peligro a la clase media marginada en las "rodewas" anexas alrededor. Fue sólo el recuerdo (si es que existió) ya no está, y no hay cosa que deje más perplejo al ser humano que la pérdida de un mundo que parecía estable y que para sus patitas, se parecía tanto a Nueva. Por culpa del vacío botánico que dejó, nos preguntamos obsesivamente cuántos somos, en qué nos hemos convertido. En la identificación del chileno con el micero, hay un desprecio tan grande como el amor que provoca reconocemos en él. Pero no hay que desesperarse, por dos razones. Primera, consideremos un principio de ambigüedad de una micra, allí donde el "rodew" es rey y el copiloto es reina. Dime espejo que murmurar "leer", coetáneos, freces, sedidos vapores de garra, CD colgando, virginitas de plástico manifiestas de empuje que se iluminan por dentro al ritmo de vallenatos, polvos de

cambios con aroma de flores en caritas de polímero, pequeñas de arena de metal, medio a todo crampo y pantalones amarrados quedando a la vista cuarentas sueltas con elástico cuando la parrilla tiene chispa le dije de cambios desgraciado. Con el mismo bicho y sudoriento, ese momento es uno de los espacios donde Chile se une a la familia con el resto de América Latina. El micero chileno se confía como en su casa en un pueblo del D.A. o en un colectivo de Buenos Aires, porque hay una hominidad extrema en los ritmos del humilde. Por eso todo mundo alcanzó el sueño de Bolivia: no hay nada más latinoamericano que dar vueltas en las solas ruedas, volviendo de turno diesel y dejando que la fatiga derive en un valiente de caberzas contra la voracidad.

La segunda razón para no desesperarse es que Cúller se equivoca. Lo que llevamos dentro no es un micero, sino un escolar. Un estudiante de primera media acosado por las hormonas, con el corol travestido, un ángel empujando y anda colgando cuando debería estar ayudándolo a la mamá, un pingullo que se le pasa empujando manetas de miradas los calzados a las rinitas del liceo, un genito que se machuca la camisa con el reñón de empujamiento concentrado, a veces un herido precioso en el fondo de la maravilla (entre la libreta de notas que hace meses que no muestra y la posta que explota en libro de mamá), un flaco pejanín que por mirar la cordillera se baja a cuarenta cuadros de su noradren, se desmorona con el corol transparente y con

la corbata suelta, sentido de los flippers y los videojuegos. No es el cabito que llevamos dentro. Ese chiquillo se para, con la última moneda que le queda en la mano, allí abajo en la puñeta de una micra, y hace la regular eterna del colegio: "¡Me lleva por una micra!". La Myriam Hernández advierte que huye a peligro. Los dados de felpa negra, con demerolamente bajo el retrovisor. El Guzmán Micra observa al schoolboy desde su altar cubierto de flecos y lucas. Luego raspa el cambio y le manda el portazo en la cara, mientras la noche va cayendo encima de la ciudad y la luna anura su cuchillo encima de los cerros.

606-NVO. AMANECER
SN. ALFONSO PIZARRO
PENI-NUBLE
FRANKLIN
PERSA-BIO-BIO
SN. JOAQUIN-MACUL
NVO. AMANECER

E. MORALES

Escolar ladrando a la luna [artículo] Roberto Castillo.

AUTORÍA

Castillo, Roberto

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Escolar ladrando a la luna [artículo] Roberto Castillo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile